Memoria Académica
compartimos lo que sabemos
UNLP-FaHCE

Calcagno, Alfredo D.

La imaginación creadora en el niño

Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines

1910, vol. 7, nro. 20, p. 272-285

Calcagno, A. (1910). La imaginación creadora en el niño. Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines, 7 (20), 272-285. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1552/pr.1552.pdf

Información adicional en **www.memoria.fahce.unlp.edu.ar**

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

FAHCE
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata

La imaginación creadora en el niño

Se entiende por imaginación, la facultad de poder reproducir imágenes é ideas con mucha viveza y variedad, por regla no aisladas ó separadas, sino combinadas, formando un todo, un completo, referido á alguna cosa real ó ficticia. La acepción antigua es la que la hace significar una viva representación mental de lo que ha sido percibido, en la ausencia del objeto mismo. Aristóteles ya vislumbraba, en parte, el asunto y decía que tal imaginación es puramente reproductiva, no siendo más que la memoria ó á lo sumo una memoria sin reconocimiento y sin localización en el pasado.

Aunque la imaginación depende sin ninguna duda, de la memoria, tiene incontestablemente en sí algo de más que la memoria; ella no es solamente *reproductiva,* como la memoria lo es ó debería serlo; es al mismo tiempo *productiva;* da una nueva forma á las viejas cosas, es decir, que siendo reproductiva con relación al material, es productiva con relación á la forma. La imaginación en su aspecto más simple nos da la realidad ausente.

La *reproductora* es la más general, no hay persona que no la posea; pero la gradación de las diferencias individuales es grande porque las cualidades que acompañan á esta forma, en grados diferentes, son: la *vivacidad* de la representación de las imágenes, la *rapidez* en presentarse, la *selección* de las mismas imágenes, y la *actividad* combinatriz de construir el cuadro mental con el conjunto. Ahora bien, todos los sujetos no poseen estas cualidades, igualmente,ya en totalidad ya separadamente; quien las posee á todas tiene uno de los mejores medios para la reproducción artística, sea lo que sea la imagen que se represente.

Muchas imágenes símiles y afines se presentan en la composición imaginativa, pero no todas son perfectamente adaptables y oportunas; escoger lo que más contribuye al efecto, tal es la selección; los artistas lo comprenden, los poetas lo sienten cuando describen. (Sergi).

(I) Del curso de Psicología dictado por el doctor Carlos F. Melo.

La *creadora*. Fórmase la creación por la fusión de lo que hay de parecido en dos ideas concretas; es el desarrollo de un concepto; hay, por así decir, extracción de lo esencial el particular, sublimación del concreto; la potencia del espíritu está todavía largamente extendida por la creación de un mundo nuevo, en el seno del cual estas ideas esenciales dominan á las ideas concretas. La imaginación creadora propiamente dicha, es la cualidad eminente de los descubridores en las ciencias y en sus aplicaciones. Examinándola, aunque no sea sino superficialmente, no á menudo hay actividad combinatriz de imágenes é ideas; pero aún descubiertas nuevas relaciones entre éstas, es la representación de tales relaciones nuevas como en los casos de puro razonamiento. La imaginación creadora, es propiamente lo que no es automático ó involuntario, sino deliberado y querido. Pese á que no haya objetos reales, correspondientes á las ideas abstractas; éstas son, sin embargo, realidades subjetivas, expresando ó significando las relaciones esenciales de las cosas. Es así como nosotros nos elevamos de la idea de un hombre particular á la idea general del hombre y de ésta á la idea abstracta, á la virtud como atributo del hombre; de suerte que, desde entonces, podemos servirnos en nuestros razonamientos de la idea abstracta, sin estar obligados á retraerla cada vez en concreto. El razonamiento, por lo tanto, encuéntrase en la imaginación inventiva como subsidio nuevo y eficaz del descubrimiento. Tendremos más adelante oportunidad de corroborar la ley de que la creación no se hace por saltos, es continua en la naturaleza.

La imaginación creadora tiene dos momentos: 1º el momento del concepto y 2º el momento de la combinación de detalles. El primero de estos dos momentos, la concepción, momento del genio, es mucho más importante que el segundo, el momento de la combinación ó del ingenio. Tomemos un caso particular, p. ej., el caso de Miguel Ángel y su Moisés. No hay duda que la concepción tiene una mayor importancia marcadísima sobre la combinación. En el primer momento, Buonarotti ve á Moisés corpulento, con aquella frente, aquella barba, su mirada profunda, su túnica, sus sandalias, las tablas; luego empieza el buril la combinación de estas concepciones y sale la obra admirable.

Sin la concepción anterior no se puede llegar á ninguna clase de obra. Malo ó muy mediocre fin, promete la obra de un pintor, v. gr., que empieza un cuadro sin saber que saldrá. Donde fracasan todos los literatos noveles es en la combinación de los elementos emotivos, lo que significa también la importancia de este segundo estadío.

El hombre de ciencia tiene definido el valor de los elementos que combina, el vulgo por eso distingue más al artista que al sabio; en éste es más inferior la imaginación, predomina la lógica. Encontramos representadas en la ciencia las dos grandes divisiones de la imaginación: 1º Todo descubrimiento es un caso de imaginación reproductora; 2º El invento lo es de imaginación creadora. Podemos considerar en el primer caso, por ejemplo, el descubrimiento de América: Viajando por el mar, Colón supuso tal cosa p. ej., reune suposiciones tras suposiciones, observación tras observación,

dato tras dato y si estos han sido precisos, va y descubre. Otro: Creemos que ha sido X (uno de los dos contrincantes actuales), quien ha descubierto el Polo; antes de organizar la expedición, ha pensado en el hielo, la alimentación, las estaciones de invierno, los animales que podrían cazar. Es éste un problema de imaginación fácil de medir y consiste en el número de proposiciones condicionales lógicas, puesto que si es ilógica, es falsa. Ejemplos para el segundo caso menudean sobremanera y sería inoficioso traerlos á colación.

Los que hablan de imaginación creadora, han pretendido hablar de imaginación constructiva. Esta es una cuestión de términos en la que no hay que fijar mucho la atención. Al fin y á la postre, crear significa sacar algo de donde no hay nada, de lo que se deduce, habríase *producido* un solo caso hasta el presente, el que cita el Génesis: «Dios sacó el mundo de la nada.» Pero pasemos por alto esta cuestión, que discutir sobre términos, es como hacerlo sobre el color del camaleón.

En toda gran obra literaria ú otra, no hay más que una involución de lo universal en lo concreto. El poder productivo ó creador de la imaginación, que parece á primera vista inconciliable con el saber, adquirido enteramente por medio de la experiencia, es, pues, en el fondo una manifestación diferente y más elevada de la misma fuerza, de esa que anima el desarrollo orgánico de toda la naturaleza y la imaginación de cada uno crea realmente ó produce abortos ó monstruosidades, según que el espíritu esté bien munido de conocimientos sólidos y posea, por consecuencia, conceptos verdaderos, ó bien imperfectamente munido y lleno de conceptos falsos, es decir, según que el individuo esté ó nó en relación armónica con la naturaleza. El equilibrio de las diversas especies de imágenes ó el predominio de una de entre ellas, es la causa de la diversidad de espíritus.

Hallamos, en lo que se refiere á la existencia de la imaginación, en los niños, ideas muy encontradas; hay autores que se contradicen por una reacción inexplicable. Unos dicen que si hay algo en la naturaleza del niño, que no se pueda poner en duda, es su imaginación, que el mecanismo de la inteligencia infantil es probablemente mucho menos uniforme de lo que suponemos á menudo. El niño tiene una imaginación muy manejable, pero muy materialista. Con facilidad admite todas las ficciones, pero apoya cada una de ellas sobre un fondo de realidad. Es necesario que las muñecas ú otros objetos materiales figuren para sus concepciones; así, v. gr., si el niño juega á ser jinete, le hace falta una silla que represente el caballo (más común aún una escoba), unas tiras á guisa de riendas y una rama que figure el látigo. Todas sus imágenes ó representaciones reclaman un punto de apoyo material; es verdad que estas imágenes se asientan libre é indiferentemente sobre todos los objetos, tomando todas las formas é irrradian en todos los sentidos,

Oimos decir á menudo que los niños carecen de una imaginación, que no hay sino algunos privilegiados que están dotados de ella. Imposible es negar esto si se entiende por ella la imaginación creadora y potente del genio ó del talento, falso si se la comprende en su

sentido más modesto y bajo la forma corriente. Á la imagen concreta la substituye una genérica mucho más neta.

Caería en error quien pretendiese considerar al niño como un ser puramente imaginativo, dominado completamente por las ilusiones mágicas de sus brillantes fantasías, sino que sus imágenes más vivas y ricas las combina con la facultad muy positiva del mundo real. Dícese que los niños son ya observadores, ya imaginativos; no aseveraremos que predomine una ú otra de estas dos tendencias, pero sí que ambas pueden coexistir sin anularse.

Excepto Juan Jacobo Rousseau que siempre se ha aislado en sus paradojas negando la imaginación al par que la memoria, todos los grandes psicólogos y filósofos no dudan en reconocer la precocidad del desenvolvimiento de la imaginación en la infancia, y tan es así que desde Kant hasta Mme. Saussure, todos afirman que en la niñez la imaginación es omnipotente, obligándose uno, más que á extenderla, á gobernarla.

Expuesto lo anterior, está en nuestro deber hacer notar que otros psicólogos de más bajo cuño, ponen en duda la existencia de la imaginación en los primeros años de la vida, afirmando que, lo que muchos son llevados á llamar imaginación, no es sino una amable divagación del espíritu, y continúan observando: si los niños llamados «inventivos» superan á los otros cuando son pequeños, no es fuego que dura, no son más que *fogosos*.— La palabra expresa sus ideas,—caen debajo de la media, en la época de los estudios serios, se estrellan, sucumben. La hoja usa la vaina. En efecto, la imaginación muy precoz en el niño, encierra más un desorden ligero que una cualidad. La buena inteligencia es la inteligencia equilibrada, la que es uniforme, calmada, medida, avara de sí misma. Por nuestra parte, no nos inclinamos ni de uno ni de otro lado, las opiniones son muy absolutas y nunca nada debe ser absoluto, sino todo relativo, como dice una frase que se va haciendo proverbio. Creemos que la mayoría de los niños no son en general, sino durante un cierto lapso de tiempo, dominados por su imaginación.

Deberíamos considerar como extraño y un poco anormal al niño que rehusara tomar parte en los juegos ó quedase indiferente ante las grandiosidades del «pais azul». Para concluir el punto: ¿Trabaja la imaginación de la misma manera en todos los cerebros de los niños? La imaginación de cada niño puede estar coloreada por imágenes de un orden bien diferente; la una vive en el mundo de los colores, la otra en el de la sombra, la tercera en el mundo de la acción.

MEMORIA É IMAGINACIÓN.—Sabemos que de la renovación de las percepciones resulta el recuerdo y de la de los recuerdos deriva á su vez la imagen. Luego, á la imagen concreta la substituye una genérica mucho menos neta y tan es así que, cuando queremos reproducir, en ausencia del sujeto, los rasgos de un íntimo amigo, encontramos gran dificultad y difícilmente lo conseguimos, mientras que salimos airosos de nuestro empeño, si el que nos proponemos reproducir nos ha sido recién presentado ó le vemos por primera vez. La

memoria y la imaginación no difieren sino por el sentimiento ya experimentado, presente en la primera y ausente en la segunda, como producto de una modificación en los elementos conservados y el agrupamiento de estos elementos. Es, pues, en la memoria donde la imaginación encuentra los materiales de sus construcciones y es por la asociación, de la que hablaremos más tarde, que estos materiales forman síntesis nuevas, no correspondiendo á objetos realmente percibidos. Este proceso se encuentra el mismo en las formas superiores como en las inferiores y banales de la imaginación, con solo una diferencia de grado y no de naturaleza.

Se ha buscado á veces la diferencia entre la memoria y la imaginación en el hecho de que los recuerdos se nos imponen, son independientes de nuestra voluntad, de suerte que nos es imposible modificar el orden y de una manera general las relaciones, mientras que la imaginación nos deja la posibilidad de modificar las relaciones de las imágenes. Esta distinción es muy justa en los casos simples, pero es necesario observar que, cuando los recuerdos cesan de ser precisos ó que las imágenes vuélvense imperiosas, estas relaciones se debilitan. Me ha sido necesario intercalar estas ideas para que, en el desarrollo ulterior del trabajo no tenga necesidad de interrumpir los diferentes hechos que citaré.

La memoria juega un rol considerable en la imaginación del niño, y sus pseudocreaciones no son, en muchos casos, sino simples recuerdos de imágenes ó ideas que han quedado fijadas en el cerebro infantil.

Asociación de imágenes é ideas.—La evocación de estados secundarios se produce en gran parte bajo la influencia de una operación llamada asociación de ideas. Hay asociaciones no solamente entre los estados representativos, sensaciones ó ideas, sino también entre los estados afectivos, entre las tendencias motrices é igualmente entre los fenómenos relacionados con una facultad diferente. Hay que distinguir en esta operación dos momentos muy diversos, que no haré más que citar, la asociación propiamente dicha y la evocación. La construcción imaginativa reposa sobre una analogía, es decir, sobre una asociación por semejanza parcial y á menudo accidental.

La personificación que anima todos los sujetos á nuestra imagen, la metamorfosis que los transforma los unos en los otros, son las formas primitivas de la imaginación y no son sino asociaciones por semejanza. Ahora bien, observando las formas superiores de la imaginación vemos que no son sino un desarrollo extremo del sentido de la analogía, una facultad de sentir semejanza que escapa á la vulgaridad. Los centros de asociación, situados en la región fronto parietal tienen una importancia especial y son la base de la imaginación. Pasando de la generalidad al estudio particular del niño, encontramos que muestra generalmente bastante fineza y sagacidad en sus comparaciones para hallar los semejantes, y el conocimiento de la verdadera relación de las cosas, no es suficiente para

poner freno á la impulsión espontánea de sus impresiones. Antes que las cualidades de las cosas y las relaciones entre sí, sean suficientemente conocidas para ser interesantes por sí mismas, no pueden atraerlo sino gracias á su facultad de asociación y á su imaginación. Una nota discordante en una audición musical, no le llama la atención como á nosotros; en revancha el niño amará ó detestará ciertos sonidos por cien razones para nosotros desconocidas.

Ciertas personas coloran los sonidos que oyen, se imaginan, por ejemplo, que el sonido de una vocal ó de una nota de música, tiene un tinte particular que pueden describir exactamente. Los niños poseen con gran vigor esta audición coloreada. Flournoy de Ginebra encontró que, interrogados varios niños sobre el color que despertaban en su mente los números, todos respondieron, y uno de ellos dijo: Uno, es blanco; dos, obscuro; tres, violeta; cuatro obscuro; cinco, rosa etc., etc., el nueve era obscuro; el once verde subido; con lo que llegaba Flournoy á la conclusión de que ciertas cifras se visualizan más distintamente que otras. Tres años después los examinó de nuevo y encontró que visualizaban *aún* las cifras, pero no de la misma manera ni con el mismo color, nueve había perdido su color y once se había transformado de verde subido en amarillo vivo. Nuevas experiencias y nuevas asociaciones pueden transformar el tinte y el tono de los sonidos.

Todo le es bueno al niño para que figure en sus concepciones. Está pegado á sus ilusiones. Instintivamente toma y no vuelve á soltar el hilo que une sus imágenes á la realidad. Se observa á menudo el paso de la ilusión á la alucinación. Las alucinaciones se desprenden de las ilusiones, como éstas de las sensaciones, y el mismo procedimiento, la analogía, transforma las sensaciones en ilusiones y las ilusiones en alucinaciones. Entre unas y otras no hay sino diferencias de grado.

La afectividad.—La memoria y la imaginación son de modo injusto, relacionados exclusivamente á la inteligencia. Es muy cierto que se aplican sobre todo á estados representativos, pero Ribot muestra que hay una verdadera memoria afectiva. Todas las formas de la imaginación creadora implican elementos afectivos, sosteniendo algunos psicólogos autorizados que la « emoción se une á la imaginación en su forma estética, pero no en su forma mecánica é intelectual », lo que amplía el concepto de que todas las disposiciones afectivas cualesquiera que ellas sean, pueden influir sobre la imaginación creadora. Los estados afectivos son capaces de reaparecer en la conciencia, como estados secundarios, sea suscitados por el estado actual, gracias al mecanismo de la asociación, sea espontáneamente ó á voluntad, independientemente de todo hecho actual. La imaginación está íntimamente ligada al sentimiento y se modifica según las diversas direcciones que toma nuestra vida. De allí viene que algunos niños vean un lado de la imagen y no otro; en unos, por ejemplo, domina el sentimiento poético, en otros el espíritu científico y práctico. Los factores afectivos desempeñan aquí un gran

papel. Las personas irascibles al solo pensar en sus enemigos, sufren la cólera del estado naciente. En otros, el solo recuerdo de una emoción les sacude tan vivamente como la emoción primitiva.

El miedo ó la cólera, la alegría ó la tristeza, el amor ó el odio, dan á la imaginación su molde y su color. Hay imágenes sonrientes, las hay melancólicas, dulces ó tiernas, atormentadoras y terribles. Las verdaderas fuentes de inspiración deben ser fijadas en la afectividad. Esta intervención es muy manifiesta. La intensidad y la vivacidad, dignas de tener en cuenta, con la cual las imágenes aparecen en la conciencia, tiene momentos más ó menos frecuentes, según que los individuos estén dotados de una especie de espontaneidad, de un instinto creador que pueda resolverse por el análisis de una ó varias necesidades ó tendencias á la vez afectivas y motoras.

La afectividad (ó mejor dicho su imaginación) da el resorte necesario á las combinaciones imaginativas, imprimiéndoles un color propio y contribuye á su originalidad. El factor afectivo es el «fermento sin el cual ninguna creación es posible». No se puede tener imaginación viva si no se ama especialmente. Es por el rol de los estados afectivos en la imaginación que alcanzamos á explicarnos su carácter espontáneo é inconsciente. En todos los niños la potencia imaginativa no existe en el mismo grado. Es una facultad eminentemente variable que necesita ser estudiada especialmente en cada niño, estudio que no se ha hecho y por lo cual estamos aún lejos de comprender con precisión el trabajo de imaginación en ellos. En la afectividad encontramos la solución del asunto.

El niño y la especie.—Durante el primer período del desarrollo de un individuo ó de una raza, la imaginación se confunde casi con las primeras tentativas torpes para comprender el sentido de las cosas. El pensamiento de los niños como el de los pueblos primitivos, está, por así decirlo, saturado de mitos. La analogía entre el niño y el hombre salvaje es evidente. Éste no experimenta ningún sentimiento estético por la naturaleza tomada en su conjunto, pero sí, tanto uno como otro se conmueve ante los cambios de expresión de las fisonomías. El salvaje, como el niño, tiene explicaciones fabulosas, mezcla grotesca de ideas para todos los fenómenos, sean éstos naturales ó artificiales.

El niño de campo y el de la ciudad.—La riqueza y la variedad de la imaginación difiere según se la observe en el niño de la ciudad ó en el del campo. En todas las manifestaciones donde se la puede considerar, el segundo, es aventajado por el primero. Pero, en éste, que ha vivido, por ejemplo, en medio de libros de imágenes y de representaciones hechas, no hay como en aquél una aptitud tan intensa para el esfuerzo personal, que progresa con más rapidez y se dirige más fácilmente á una observación ligera ó á una imitación aproximativa de las cosas.

IMAGINACIÓN Y JUEGO.—El juego ha nacido espontáneamente del deseo de realizar una idea que seduce. La imagen es la idea dominatriz. Cuando se pretende llevar á la realidad la idea del juego, es cuando el niño muestra los recursos de su imaginación y transforma los objetos en batallones, cañones, convoyes, muñecas, buques, etc. En el juego es donde el niño pone de manifiesto su naciente imaginación; en ellos inventa, combina á su placer y se abandona libremente á los caprichos de su fantasía. Lo que le entusiasma sobre todo en el juego es la posibilidad de dar una forma visible al capricho del momento; es que el niño crea continuamente. Champfleury (1) dice que, aún el agujero que el niño hace en tierra, es una creación. Amontonando la tierra que saca de él, hace «montañas» que le parecen de una altura considerable.

Explícase perfectamente la gran actividad y la extrema fecundidad de la imaginación del niño, en lo que concierne á sus diversiones, por el deseo de ser alguna cosa, de jugar un rol, lo que es, después de todo, el motivo característico y fundamental del juego. Una sola frase puede ser el punto de partida de todo el proceso de una concepción imaginativa. El papel que el niño se ha asignado en la ficción, vuélvese para él completa realidad, transformando todos los objetos que le rodean, los que siempre para él toman la apariencia y el sentido del papel que les ha asignado.

No podemos observar perfectamente el juego de los niños, puesto que cuando se da cuenta que le observan, trata de esquivarse. Se puede decir que el instinto del juego es más potente y más absoluto cuando el niño juega solo; en todo caso le absorve más completamente. El juego en los niños es esencialmente la realización de un rol y de una situación particular. Y tan es así que cada vez que se imagina ser un soldado, un guía, un doctor, un caballo, esta idea le absorve y le hace olvidar las cosas que le rodean y aún su propia personalidad, como que en sus fantasías imaginativas pierde á menudo hasta la conciencia de su condición de ser humano y relincha como el caballo ó muerde como el perro.

Fuera de los casos á base de existencia del objeto causa, hay otros en los que la invención de personajes ficticios es el foco. Estos tienen un gran lugar en la vida del niño; sin embargo, puede ser que exista, si su imaginación no tiene nada de mórbido, sobre todo una agradable ilusión, un deseo ardiente de extinguir verdaderamente la realidad en sus ojos solitarios, donde compañeros supuestos, perfectamente obedientes á la voluntad del pequeño jugador, hacen el papel de los que son verdaderos pero más difíciles de dirigir. Esto no es realmente juego, sino simplemente una forma activa del delirio, del placer de inventar.

El juguete demasiado determinado gusta menos al niño que los objetos groseros é inacabados, de los que su imaginación puede hacer lo que quiere en algún rincón alejado, como le place, ignorado de otras personas, donde su imaginación no sufre ninguna

(1) Champfleury — «Les Enfants», pág. 154.

intervención de cualquier persona de la casa. De ese modo, cuantos dramas espantosos y emocionantes se han desarrollado en un rincón obscuro, oculto á las miradas.

Todos recordamos de nuestra infancia, la fascinación de los rincones protegidos por colgaduras, tras las cortinas de las ventanas ó debajo de la mesa cuya carpeta llegaba á muy cerca del suelo.

La transformación de los juguetes.—*a)* Ya hemos dicho que el niño tiene una imaginación muy manejable, pero muy materialista; salvo excepciones de invención de personajes ficticios, es necesario que las muñecas ú otros objetos materiales figuren para sus concepciones.

La muñeca tiene un lugar considerable en el dominio de los juegos infantiles, su forma humana satisface los instintos y los sentimientos más elevados. No es, aunque tal parece á primera vista, la muñeca un juguete únicamente femenino, pues, pese á que los niños prefieran á ellas los caballos y otros animales, hay también en ellos una época en que les gusta divertirse con las muñecas y no se muestran menos apasionados que las niñas. Tanto éstas como aquéllos se divierten cuidando sus hermanitas y hermanitos, con la solicitud y la ternura que acostumbran prodigar á sus muñecas. Podemos, no obstante, constatar hasta qué punto esta ilusión es completa, transportando las cosas del mundo real en alas de su imaginación activa, á un nuevo mundo puramente imaginativo, como se ve, por ejemplo, por la fidelidad con que los niños imitan las escenas de las que han sido testigos en la vida ordinaria ó las que les han contado. Gústales poner en escena sus cuentos favoritos. El juego puede producir no solamente una viva realización imaginativa, sino también una especie de dulce ilusión permanente.

La transformación imaginativa de las cosas más particularmente las tendencias á dotar de vida á los objetos inanimados, entra siempre más ó menos en todas las diversiones infantiles. Algunas veces esta transformación es tan intensa que ocupa vivamente toda la conciencia, substrayéndola de las percepciones reales, y se desenvuelve como en un sueño, teniéndonos inmóviles, extáticos, casi contemplativos de lo que sucede á nuestro alrededor.

b) Existe una especie de acción recíproca entre los sentidos y la imaginación, y esto es lo que nos induce á proyectar en el mundo de la realidad, fuera de nosotros, nuestra fantasía, dándole así una residencia visible y circunscripta. Se proyectan á cada instante en el mundo real las imágenes brillantes de los libros favoritos, y cuantos objetos apropiados se presentan á sus ojos, unen las imágenes que despiertan sus recuerdos. Esto era lo que pasaba al autor en sus primeros años. Hubo una época en que la lectura de novelas le entusiasmaba. Tomaba una y, á las primeras páginas, ya tenía elegido el sitio ó casa, conocido, donde se desarrollaba la trama. A veces la casa ó sitio elegido existente, le era desconocido y, sin embargo, desenvolvía allí los diversos pasajes de la obra. Los personajes eran representados por las personas más conocidas y otro tanto sucedía con los animales.

c) Lógico es pensar que el niño no puede penetrar en el país de los cuentos sino posee la llave del lenguaje. Difícil es comprender la fascinación de una historia para los niños. Un cuento es la representación verbal de una escena ó de una acción y el procedimiento de realización imaginativa, depende, en este caso, del efecto estimulante de las palabras en la asociación de ideas.

El niño nos escucha más de lo que nosotros pensamos y prueba de ello son las que nosotros llamamos vulgarmente «salidas», que no son otra cosa sino imágenes fijadas que brotan á la luz en un momento dado y confunden á los que los oyen. Como el niño está tentado á creer exactas las imaginaciones que le pasan por la mente, con más fuerte razón las ideas expresadas en su presencia, se vuelven para él inmediatamente tantas crencias, hasta una cierta edad, cuando viene la duda. Piénsese por ello el peligro de las opiniones falsas y de las apreciaciones erróneas emitidas delante de jóvenes oyentes, que no saben aún hasta qué punto la palabra humana es pérfida y mentida.

Cuando se relata un cuento á un niño y luego se le explica, en muchos casos esto llega á irritarle, ó en la mayoría de las veces le incomoda, porque ello viene á destruir la idea que se había forjado por sí solo. El hecho de que pida, se le repita el cuento favorito siempre fielmente, prueba que la realización imaginativa continúa aún después de haber cesado de leerlo ó de escucharlo; ha agregado algo al mundo misterioso que en él se agita y ofrece un nuevo campo á sus felices imaginaciones. Soiza Reilly en su original libro «El alma de los perros», nos trae una página de perfecta psicología infantil que se ajusta exactamente al párrafo anterior, dice:

— «Quiéres un cuento, nene?

— Sí, abuelita. Pero un cuento lindo.... Cuéntame el cuento de la *novia del gato*.

Luego agrega:

«De todas esas historias lo que *siempre* más me conmovía era la leyenda de la novia del gato»....

«Así siempre terminaba el cuento de mi abuela. Yo me dormía en «sus brazos santamente. Y soñaba. Soñaba con las monjitas. Y so«ñaba también que yo era el diablo. Y que ellas ponían sus besos en mi boca»...

¿Porqué les gustan tanto los cuentos á los niños? La solución debe buscarse en el amplio poder de imaginarse que poseen, pero hay que atribuir una gran parte á la curiosidad.

Durante años, el pequeño, librado á cuidados mercenarios no oye más que cosas absurdas, historias sorprendentes, anécdotas inverosímiles. Tanto se les aterra, tanto se les espanta con el relato de seres fantásticos, que, durante la noche, turban su sueño y de día exaltan su imaginación. Sin embargo, Leboulaye afirma que el niño que se divierte ó se espanta con los cuentos de hadas, no se engaña ni un instante. Así será.

Es suficiente observar de cerca á los niños para llegar á la conclusión, que tienen una imaginación incomprensiblemente más poten-

te que la de los adultos y tan viva que le permite analizar mentalmente lo que no alcanzan los sentidos.

TRANSFORMACIÓN IMAGINATIVA DE LOS OBJETOS. — Encontramos ampliamente tratado este punto en el nombre que los niños dan á los objetos. La asimilación de lo que parece nuevo y extraño con las cosas familiares, sugiere al niño toda clase de hermosas imágenes. Lo anima y lo personifica todo. Las cosas más insignificantes se mueven al soplo de la fantasía infantil.

Escribía Miss Jean Ingelow hablando de su infancia: «A la edad de dos años ó poco más, y durante más de un año tenía la costumbre de atribuir una inteligencia semejante á la mía, como ella desarrollada, no solamente á todos los seres animados, sino á las piedras mismas y á los objetos fabricados. Pensaba que los guijarros de la carretera debían disgustarse de estar obligados á quedar inmóviles y de no ver sino lo que les rodeaba. También, cuando salía con mi canastita, alzaba á veces uno ó dos de ellos, llevándolos conmigo para cambiarlos de vecindad; llegada al término de mi paseo los colocaba en tierra persuadida de que estarían contentos de ver un nuevo espectáculo».

Esta facultad de los niños de vivificar y personificar todas las cosas constituye una de las manifestaciones más importantes de la imaginación infantil. De la contemplación imaginativa de las cosas, el niño no observa sino á medias lo que tiene bajo los ojos, no observa más que uno ó dos detalles de un supremo interés para él, sea la forma ó la acción. El campo mismo de los objetos ordinarios puede ser violado, transformado por la varilla mágica de la fantasía infantil. Los niños creen seriamente que la mayor parte de las cosas son vivientes y dotadas de sentimiento.

LA MENTIRA Y LA IMAGINACIÓN.—El niño también aguza su imaginación tratando de evitar los castigos é inventando frases y aún escenas completas. Cuán fecunda preséntase su imaginación y de cuántos medios y argumentos hecha mano para librarse del «chicote»—Salvo los casos en que el mentir aparece como forma morbosa, en que se miente por hacerlo y nada más, en todas las demás oportunidades hay un vasto campo pronto al examen, donde menudean no pocas imágenes originales ni menor número de escenas de tono realmente imaginativo. Bien, pero hay casos en que se miente sin saberlo. El niño, como se ha dicho ya, observa un lado, una faz de la cuestión y las demás, las deja pasar por alto sin concederles atención.

Los testigos que refieren un hecho, aunque sean de una sinceridad perfecta, de una honestidad irreprochable, de una competencia suficiente, los vemos contradecirse, estar su declaración en oposición á las de otros testigos de iguales condiciones. Si esto, pues, sucede en los adultos, qué no podremos encontrar en los niños mucho más expuestos al error inconsciente. Esto permite, podamos asegurar, que no siempre el niño es culpable de la mentira que dice, pues, bien puede parecerle á él muy exacto, lo que para los que no viven su mundo es falso. La imaginación que se ahorra,

desterrando la mentira de la vida psíquica del niño, puede muy bien dirigirse en otro sentido, cultivarla en otra dirección, encauzándola antes que desborde en forma de delirio, casos que han sucedido y pasan á menudo en lo más profundo de la psiquis infantil.

El dibujo en los niños.—Existe otro dominio de la actividad infantil, próximo al juego, donde se encuentra mezclada la imaginación á la realidad: los dibujos.

Una de las formas más interesantes del estudio del niño es aquella en la que la actividad artística empieza á desarrollarse. Spencer y todos los observadores de la especie humana han notado el gusto del niño por el dibujo.

Sus esfuerzos espontáneos por representar animales, casas, paisajes, frutas y todo lo que le rodea son mundialmente conocidos. A todos los niños pláceles ver estampas y es su marcada tendencia á la imitación la que les inspira el deseo de hacerlas ó reproducirlas. Podrá observarse en los dibujos que agrego á esta monografía, hechos por alumnos de diferentes grados de la Escuela Anexa de la Universidad de La Plata, que, en sus representaciones de la figura humana, hacen siempre, lo que confirma la aserción de un profesor de dibujo: «las cabezas sin bastante cerebro».—Las orejas no las hacen, pues las consideran como apéndices inútiles, si las dibujan, las colocan de un mismo lado de la cabeza. El ojo en una cabeza de perfil, está representado todo abierto como si fuese visto de frente. Las cabezas las hacen redondas, nunca ó muy raras veces cuadradas; luego un óvalo para el tronco, y dos líneas, á veces una sola, para representar las piernas y un prolongamiento cualquiera que indica los pies. En la cabeza algunas rayas y puntos para significar los ojos, la nariz, la boca. Los brazos en la figura es uno de los puntos más curiosos: á veces una sola línea tiene la pretensión de representar uno y otro brazo. Luego avanzando, colocan dos brazos en el cuello ó en las piernas. Más aún que los brazos es interesante la consideración de los dedos diseñados en la figura humana por el lápiz infantil. La aritmética de los niños en este punto no es muy rigurosa, colocando á veces un número excesivo de dedos y en otras ocasiones el error es por defecto. Vése también que la noción de la opacidad, no existe en los niños (y tanto esto como las leyes de perspectiva y la de las proporciones de óptica son constantemente violadas) pues: colocado el sombrero sobre la cabeza dibujada, se ve aparecer la parte superior de ésta, y los cabellos á través de aquél.

El niño coloca un ojo todo abierto en la cara de perfil, pero por eso mismo, por verlo todo abierto, coloca un segundo más, cerca del primero. En este grotesco resultado, se manifiesta la fuerza del torrente del hábito mental, fuerza á la cual, hasta tal punto no puede substraerse el niño, que muchas veces pinta una cara con dos ojos y dos orejas aunque tenga delante un modelo de una cara dibujada de perfil. En todos los casos semejantes á éste, se ve que lo nuevo se asimila y adapta á lo viejo. La figura habi-

tual del hombre en la memoria del niño, absorbe los elementos del modelo que ponemos delante de él (Compayré).

Un dibujo suele ser para los niños como un juguete, el niñito de 8 á 10 años le hablará como á un ser viviente. La grandeza de los espectáculos de la naturaleza no dice nada al niño puesto que el sentimiento de lo sublime nace de un proceso más complejo de la imaginación, como ya se ha dicho.

El sentimiento de la belleza en el niño no se manifiesta en sus dibujos que no trazan ninguna intención estética. Lo bello para él es un hombre ó una casa, etc. Pero, habría mucha imprudencia en querer apreciar la naturaleza de la representación mental, concebida ó percibida que dirige su trabajo, según la producción de su pluma ó de su lápiz; es necesario tener en cuenta su ignorancia técnica que le impide representar con exactitud su pensamiento. Indudablemente el niño percibe, concibe mucho mejor que dibuja. No dispone de los útiles necesarios para la expresión de su pensamiento. Según la feliz expresión de un psicólogo, el niño sabe leer (es decir, reconoce la forma de los objetos), pero no sabe escribir. Se acostumbra á las formas que traza y las cree correctas, así es que, tiene impresiones y las sigue, p. ej., exagera la nariz en las figuras vistas de perfil, lo que no prueba que no mire verdaderamente su modelo; es que, en lugar de ver realmente lo que tiene delante de sus ojos se pierde en sus imágenes, no percibe realmente las cosas sino confusas, á través del velo y de las brumas de sus anteriores representaciones.

La composición.— El gran escritor ruso, el conde Tolstoï, en su libro «La Escuela de Yasnaia Poliana», dice respecto á las composiciones de los niños: «El mismo alumno, que llora porque tiene que describir un banco, expresará muy bien un sentimiento de amor ó de odio, el encuentro de José con sus hermanos, ó una riña con sus camaradas», y en otra parte: «El día en que hice relatar á los alumnos de la escuela de Yasnaia Poliana un suceso cualquiera, todos se pusieron tan contentos como si se les hubiera hecho un regalo».

Piensa Tolstoï que los maestros se equivocan cuando escogen como primeros asuntos de composición, la descripción de un objeto, de un banco ó de una mesa p. ej., creyendo él, no sin razón, que esas descripciones que no ponen en juego más que la imaginación representativa, interesan mucho menos al alumno que contar una historia. Mas, al lado del bien está el mal y no cuesta más trabajo á los detractores de la imaginación el señalar sus peligros que á sus admiradores hacer valer sus ventajas.

Se juzgará por las composiciones adjuntas, que existe en el niño frente á la imaginación puramente reproductora, una otra en gran parte creadora. La composición literaria pone en juego todas las facultades del espíritu, memoria, entendimiento, etc., pero la imaginación desempeña en ellas un papel importante sobre todo cuando se trata de escribir una narración ó una descripción.

LAS MATEMÁTICAS.—Las matemáticas cierran el paso á la creación, son exclusivas. Todo en ellas es problema y toda cuestión se resuelve por lógica. Sin embargo, puede hallarse imaginación creadora, y no poca, haciendo hacer á los niños enunciados de problemas, donde podrán desarrollar desde el más simple de la forma siguiente:

Si *a* vale *b*, cuánto vale *c* que es de la misma condición, hasta el de forma más compleja. En los enunciados, en mi poder y de los que adjunto algunos, hechos por alumnos de la Escuela Anexa, nótase una crísis del razonamiento en el 4º grado y en general una pobreza de imaginación. El hacer que los niños hagan enunciados, es bueno para cultivar la imaginación, pero no para resolver el asunto de la imaginación.

ALFREDO D. CALCAGNO.